

Jesús Arellano y Antonio Millán-Puelles.

Algunos recuerdos de familia

José Antonio Millán Alba. Madrid

Como saben quienes les conocieron bien, entre mi padre, Antonio Millán-Puelles, y Jesús Arellano había una profunda amistad. Pero no sólo entre ellos dos, sino también entre Jesús y mi madre, a quien conoció primero, siendo los dos estudiantes de los cursos de Comunes en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza, antes de venir a Madrid. Mi padre hizo lo propio desde Sevilla, y ambos coincidieron en la especialidad de Filosofía, que en aquel curso contaba muy pocos alumnos —no debía rondar la decena, si soy fiel al recuerdo de lo que algunas veces comentaron—, mientras mi madre se orientaba hacia la Historia. Como cabe suponer, Jesús fue un amigo de la familia, una vez que ésta creció y fuimos naciendo los cuatro hijos (dos chicos y dos chicas) del matrimonio entre Antonio Millán-Puelles y María Josefa Alba Quintana.

El lector me perdonará estas referencias familiares, pero lo que aquí escribo son recuerdos vinculados a la amistad entre Jesús y mis padres, vividos por un niño que, desde que tuvo uso de razón, recuerda la presencia, esporádica, pero constante, de Jesús Arellano en su casa. Y no miento al decir que la venida de éste —a comer, a merendar o a cenar— era, para nosotros una fiesta, sobre todo para mi hermana y para mí, los dos mayores, a cierta distancia de edad de mis otros dos hermanos. Fiesta porque a Jesús le queríamos mucho —teníamos por él ese cariño confiado y alegre, sin reserva alguna, que sólo los niños sienten por las personas muy queridas por sus padres, cuyo cariño recíproco advierten sin reparar especialmente en ello, y porque Jesús era muy afectuoso con nosotros, a la vez que también alegre y divertido. Ese día se nos permitía sentarnos a la mesa de los mayores si iban a comer, o estar un buen rato con ellos antes de cenar e irnos a la

cama, a la que en no pocas ocasiones nos llevaba el mismo Jesús y charlaba un ratito con cada uno antes de rezar y de dormir.

Jesús y mi padre fueron, por tanto, compañeros de los tres años de la especialidad de Filosofía en Madrid. Mi padre a veces comentaba que una de las cosas que no le perdonaba a aquel era que habitualmente se llevaba las matrículas de honor de las distintas asignaturas durante los diferentes cursos, incluida las de los exámenes de fin de carrera, ante lo que Jesús sonreía divertido; de ello cabe apreciar que sin duda existía una rivalidad entre ambos desde su época de estudiantes, que en absoluto empañaba una amistad creciente con los años. Más tarde tuve ocasión de ver los expedientes de los dos; el comentario de mi padre no era del todo cierto: ambos tenían matrícula de honor en todas las asignaturas de la carrera, y ambos compartían el Premio extraordinario de Licenciatura. La rivalidad debió ser beneficiosa para los dos. Sí recuerdo que uno y otro me han comentado en ocasiones que estudiaban como fieras, pues el estudio intenso para ellos también era una fiesta, con frecuencia juntos, en una vocación profesional intensamente vivida, discutiendo, anotando, pasándose los libros que uno y otro descubrían; los apuntes de Jesús, comentaba papá recordando alguna vez esos años, era perfectos: ordenados, sistemáticos, de una claridad y una pulcritud que los demás compañeros agradecían mucho.

De esos años data el conocimiento de mi padre de san Josemaría Escrivá de Balaguer, al que Jesús Arellano, que entonces era ya miembro numerario del *Opus Dei*, llevó a conocer en el Colegio Mayor Moncloa. De Jesús he visto una foto de esa época, junto con otros estudiantes, en la habitación que san Josemaría ocupaba en una casa de retiro en la provincia de Segovia. Al cabo de los años le oí contar a mi padre, en la sala de estar de ese mismo Colegio Mayor, la primera vez que Jesús le llevó allí a una meditación que daba aquel sacerdote que mi padre desconocía. Por lo que se podía deducir del relato de mi padre, la impresión que recibió fue muy honda y se le quedó profundamente grabada, a tenor de la viveza y la frescura de recuerdos de lo que en los años ochenta contaba referido a

comienzos de los cuarenta: tuvo la certeza, decía, de estar ante un santo, con una vida interior que él apenas podía atisbar y que le ponía en presencia de Dios como nunca antes había sospechado. Su sorpresa, tan intensa si cabe, como la anterior, fue que, al terminar la meditación, aquel sacerdote resultó ser extraordinariamente agradable, de gran finura y simpatía en el trato, que miraba, sin que se notara y con gran cariño, a que cada uno se encontrara a gusto y estuviera bien atendido, de manera que mi padre estaba desconcertado, sin saber si se encontraba ante un gran santo o ante un excelente diplomático —así me lo ha contado Jesús en alguna ocasión—. En cualquier caso, la impresión que le produjo fue muy profunda, y en varias ocasiones los dos amigos hablaron de él y del espíritu del *Opus Dei* que había fundado, antes de que mi padre se encerrase a preparar las oposiciones a Cátedra de Instituto de Enseñanza Media que, como es sabido, en aquel entonces eran muy exigentes y con muy pocas plazas, tres en concreto, lo que supuso que mi padre abandonase Madrid para ir a ocupar la plaza que había sacado con el número uno —esta vez los dos amigos no competían en la misma carrera—.

En las primeras venidas a Madrid, mi padre volvió a ver, acompañado por Jesús, a aquel sacerdote, el cual le dio la enhorabuena, pero, añadió, “aún no te doy la definitiva”. Mi padre contestó: “Será cuando saque la cátedra de universidad”. “¡No, tonto!”, le respondió. Así me lo contó Jesús al cabo de los años, delante de mi padre. Ambos amigos vivieron lealmente hasta el final, cada uno a su modo, esa vocación sobrenatural, de la que, como escribiera san Josemaría, formaba parte importante, y muy importante, su vocación profesional, en una unidad de vida que personalmente siempre he admirado.

Pero la amistad no era sólo con mi padre, sino que incluía también a mi madre. Muchas veces le he oído pedir el parecer de ésta sobre asuntos que comentaban y discutían, su punto de vista “Cállate, el tuyo me lo sé de memoria”, le decía Jesús a mi padre con esa rudeza navarra que a veces le caracterizaba y que los amigos se permiten entre sí, si aquél intervenía: “Quiero oír lo que dice María

Josefa”, mientras sonreía a mamá, con una sonrisa mezcla de cariño, de complicidad y de ironía muy propia de Jesús, que cede al otro toda la iniciativa y la sensación de confianza necesaria para hablar libremente, en la seguridad de ser entendido, lo que acompañaba con algún comentario incidental que demostraba que, efectivamente, así era. Muchas veces he observado esta misma actitud de Jesús con distintas mujeres, y muy en concreto con la mía propia: ambos se apreciaron casi de inmediato, llamados a entenderse, pues compartían el gusto por la ironía y el carácter enterizo, navarro en el uno, vasco en mi mujer.

Recuerdo, pasados los años, un incidente que me sorprendió. Mi padre tenía en casa una tertulia con amigos suyos, por la que desfilaban contertulios muy dispares: intelectuales, académicos, gentes del ámbito de la ciencia, de la biología y la medicina, literatos, economistas, sin olvidar a gentes de la política de muy diverso signo y del fútbol —que, aunque a veces pudiera parecerlo, sobre todo en aquella época, no son términos sinónimos—, pues, como buen aficionado del Atlético de Madrid, llevaba a este equipo no sólo en la masa de la sangre, sino también en la cabeza. A aquellas tertulias, con las que disfrutaba mucho y en las que no se servía ni un triste café, para escándalo de mi madre, solía venir Jesús cuando estaba en Madrid, haciéndose cargo de algunas de ellas. También asistíamos en ocasiones amigos míos y yo. Uno de ellos, que venía por casa con frecuencia y que había coincidido con Jesús en varias ocasiones —pues éste, cuando venía a Madrid, antes o después recalaba en casa—, le hizo una pregunta extraña en la tertulia después de cenar. Le preguntó su opinión sobre si un matrimonio entre alguien que no era creyente y había abandonado la religión y otro que sí lo era podía durar, si la relación entre ambos no estaba, antes o después, condenada al fracaso, pues había aspectos esenciales de cada uno que no se podían compartir. La respuesta de Jesús fue la de decirle, con una mirada de enorme cariño, que, efectivamente, era muy difícil que aquello saliera adelante, pero que dependía mucho de la capacidad de respeto que ambos tuvieran entre sí, del amor real a la libertad del otro, de la calidad personal de ambos, con lo que estaba di-

ciendo —pues, evidentemente, aquella pregunta afectaba directamente al que se la hacía— que, a sus ojos, él tenía esa calidad personal de la que le hablaba. Varias veces me preguntó Jesús después por este amigo mío con el que no volvió a coincidir, el cual, cuando Jesús murió, me confesó que aquella respuesta le había dado el impulso necesario para decidirse a seguir adelante con una relación que, una vez casados, ha sido plena —también en el terreno religioso— y feliz. Su agradecimiento a Jesús, así me dijo, por aquella respuesta y todo lo que ella implicaba se había mantenido sinceramente vivo al cabo de los años.

En demasiadas ocasiones somos lamentablemente frívolos en lo que comentamos, sin que esté a nuestro alcance saber las consecuencias que tiene sobre la vida de los demás un comentario dicho precipitadamente en una circunstancia a la que no damos más importancia, pero que para alguien sí resulta tenerla. Esto, los profesores lo sabemos bien, pues a veces ocurre que al cabo de los años alguien al que hemos tenido de alumno y no hemos vuelto a ver, nos diga en un encuentro casual que aquello que una ocasión dijimos, y de lo que no tenemos conciencia alguna, tuvo una repercusión grande en su propia vida. En las conversaciones entre Jesús y mi padre, al menos a las que yo he asistido, les he oído hablar de todo, salvo comentarios que afectasen a las personas. Si alguna vez papá le preguntaba por alguien que Jesús conocía, y la pregunta atañía, directa, o indirectamente, a algún asunto serio que afectase a esa persona, Jesús no respondía, o al menos nada que pudiese perjudicar ni al buen nombre ni a la buena idea que cupiese hacerse de esa persona, aunque supiéramos que ésta le había hecho algún daño personal. En esto, ni a mis ojos de niño, de adolescente y luego de hombre, nunca le vi fallar.

Como bien saben quienes le conocieron, Jesús tenía un inmenso interés por la literatura, y más que interés, vivencia que en mí se despertó también, pero de lo que Jesús raramente hablaba. En casa hablaba casi de todo, y muy poco, y eso ya es mucho, de filosofía y de literatura, tal vez porque las llevaba muy dentro y lo que le interesaba era lo que de verdad había en la vida de las personas y de su

profesión, de un abogado, un ingeniero, un médico, un carpintero... Yo sabía de su preferencia muy íntima por Pedro Salinas, y le oponía a Juan Ramón y a Jorge Guillén. “¿De verdad quieres dedicarte a la literatura?, me dijo una noche. Entonces lee los escritos de tu padre; estudia su prosa.” Aquello me causó un asombro enorme. Y no se me ha olvidado.

En otra ocasión, en la que mi familia pasaba por una situación difícil, coincidí ocasionalmente con Jesús, al que hacía tiempo que no veíamos, y en un aparte le comenté aquello. Me dijo una serie de cosas que encontré muy razonables. Pasado un tiempo, hablando con mi padre de aquel asunto, le dije como mías parte de las razones que me había dado Jesús. Mi padre exclamó: “¡Eso no es tuyo! ¡Eso te lo ha dicho Jesús Arellano! ¿Cuándo le has visto?” Mi padre había sabido distinguir y reconocer, a través de alguien interpuesto, la voz del amigo.

\*\*\*

Muchos recuerdos podría contar de la relación entre Jesús y mi padre (mis padres), pero pertenecen a la cálida luz de la intimidad familiar; expuestos a la cruda luz pública, perderían su sentido. Hay una singular belleza, no siempre fácil de percibir, en la amistad entre dos personas, muy diferentes entre sí, cuando ésta está además iluminada por la luz de profundas vivencias religiosas que, aún cuando no se comuniquen, pues pertenecen a la esfera de lo que ocurre entre el alma y Dios, dota a esa amistad de una perfección, un pureza y una claridad singulares.

Jesús y mi padre fueron amigos, muy amigos, así. Cada uno tenía su temperamento —quizá más expresivo en mi padre y más brusco en Jesús, pero en ambos igual de jugoso— y sus ideas propias; su amistad no les quitó ni un ápice de independencia ni de libertad personal; había cosas en las que coincidían y en las que discrepaban fuertemente, pues, como en una ocasión y en presencia de ambos le oí decir a un discípulo de los dos, “no se casaban con nadie”; es decir, no

renunciaban en absoluto a lo que cada uno era y buscaba. Su amistad se mantuvo hasta el final, viviendo como viven los amigos, es decir, contándose y haciéndose partícipes, con la delicadeza y la discreción que la misma amistad planta como terreno propio, sus cosas, pequeñas y grandes, alegrías, sinsabores, ilusiones...

Vi por última vez a Jesús unos pocos años antes de morir, ya. Me recibió en su casa, y antes de que empezáramos a hablar me estuvo mirando y sonriéndome con tal expresión de ternura que yo me encontraba muy incómodo. Yo no tenía entonces —y muy probablemente siga sin tenerla— la suficiente sencillez personal como para aceptar naturalmente la manifestación de un cariño que se desbordaba. Esa fue la última lección que aprendí de Jesús y que, de un modo distinto, también aprendí de mi padre.

Descansen los dos compañeros de carrera, los dos amigos.